

LA MEMORIA RURAL DE LA ARGENTINA DEL BICENTENARIO

Por Noemí M. Girbal - Blacha¹
CONICET; Universidad Nacional de Quilmes

RESUMEN

La idea fuerza de la historia argentina en el siglo XIX fue la construcción de la Nación, cuyo corolario fue la conformación del Estado Nacional en 1880, cuando la generación dirigente se componía de *“liberales en lo económico y conservadores en lo político”*. El Estado oligárquico dio impulso al *“modelo agroexportador”* y sentó sus bases fundacionales en la producción rural. Dos siglos después resulta interesante reflexionar sobre las características y consecuencias de las alternativas agrarias de un país de casi 3 millones de kilómetros cuadrados, que forja su modelo con un perfil desigual, en el campo de la economía, la política, el espacio y la sociedad.

Palabras clave: Argentina; Agro; Conflictos; Bicentenario.

RURAL MEMORY OF THE ARGENTINA OF BICENTENARY

ABSTRACT

The main idea of the Argentinean history in the XIX C was the nation-building in which the corollary was the National State conformation in 1880, when the leading generation was composed by *“liberals from the economic point of view and conservatives from the political point of view”*. The oligarchic State fostered to *“agro exporter model”* and laid its constituent foundations on the rural production. After two centuries, it is important to think about the characteristics and consequences of the agrarian alternatives of a country of almost 3 million square meters. This country forms its model with an unequal profile in the fields of economy, politics, space and society.

Key words: Argentina; Agro; Conflicts; Bicentenary.

¹ ngirbal@vianw.com.ar

1. UNA PROPUESTA

Existe una *"función social del pasado"* (Hobsbawm 1972: 3-17) que se relaciona con el presente. Se sostiene en estudios recientes la idea de alentar *"una política de la justa memoria"* (Ricoeur 2000:l), reflexionando en torno a la memoria, la epistemología de la historia a través de sus representaciones (Wagner y Elejabarrieta 1996: 817-822; Vovelle 1999: 45-49) y el olvido, como expresión del desvanecimiento y la persistencia selectiva de huellas o indicios del pasado. Podría afirmarse que existe demasiada memoria de algunos hechos y frecuente olvido de otros. Una situación que sustenta el legítimo reclamo de las ciencias sociales para ampliar esas interpretaciones, sin confundir como sostiene el académico francés Pierre Nora, Memoria e Historia, pero sin olvidar que la historia ayuda a construir *"los lugares de memoria"*. En tal sentido, un país de base agraria como la Argentina parece no registrar lo suficiente en el imaginario colectivo -más allá de la idea del *"granero del mundo"*- los matices de su idiosincrasia rural fundacional y su apuesta favorable y persistente al modelo agroexportador. Más allá de estas consideraciones, la fenomenología de la memoria y la historia, forman parte de una problemática común: la representación del pasado (Chartier 1999: 15-19), que será el fundamento de estas reflexiones sobre la Argentina rural. Desde luego que el análisis histórico más allá de las fronteras nacionales, permite advertir diferencias sustantivas cuando se trata de estudiar la conformación de la Nación, que se encuentra en la base del modelo propuesto para analizar en este texto. Es lo que ocurre si se compara a la Argentina con los casos de Chile y Brasil, por ejemplo.

Chile, nacida como Capitanía General en los tiempos de la dominación española, cuenta con un territorio de base minera y construye su independencia luchando para ampliar su estrecho territorio. El Río de la Plata, pobre en oro y plata, cuenta con el puerto como parte del imaginario para construir la Nación Argentina y lo hace mirando hacia Europa, apostando a un modelo agroexportador. Brasil, en cambio, inicia desde el Tratado de Tordesillas y sin tener posesiones en América, una productiva disputa al amparo de la pugna de intereses luso hispanos.

La diplomacia brasileña hereda la habilidad negociadora de los portugueses, en tanto la diplomacia argentina pierde amplias porciones de su territorio como lo había hecho antes España. Por otra parte -en el caso del Brasil- la esclavitud, el problema del dominio de la tierra y una burguesía adinerada de alta concentración pero industrial, virará su mirada hacia los Estados Unidos, como en el caso chileno. La Argentina -en cambio- reforzará una y otra vez *"el país rural"*, y con él, su pacto económico financiero con Gran Bretaña, hasta muy avanzado el siglo XX.

La Argentina con su escasa población, su variado paisaje, su clima benigno y la concentración de su población en la ruta conducente a los metales preciosos, hacia el Alto Perú, hasta los albores del siglo XIX, desde la segunda década de esa centuria, orienta su futuro en torno al puerto de Buenos Aires. Es el eje portuario el que asume el papel protagónico. Las guerras por la independencia forjaron el camino hacia la conformación de la Nación, que se planteó de espaldas al pasado indígena y mirando al otro lado del Atlántico.

La idea fuerza de la historia argentina en el siglo XIX fue sin lugar a dudas la construcción de la Nación, plasmada plenamente con el corolario de la conformación del Estado Nacional en 1880, cuando la generación dirigente del *"positivismo en acción"*, como la calificara Alejandro Korn, se componía de *"liberales en lo económico y conservadores en lo político"* (Mc Gann 1960). El Estado oligárquico daba impulso al *"modelo agroexportador"* y sentaba sus bases fundacionales en la producción rural.

Dos siglos después resulta interesante reflexionar con perspectiva histórica, sobre las características y consecuencias de las alternativas agrarias de un país de casi 3 millones de kilómetros cuadrados que forja su modelo con un perfil desigual, en el campo de la economía, la política, el espacio y la sociedad.

2. LAS TRANSFORMACIONES DE UN PAÍS AGRARIO

La Argentina criolla, pecuaria, exportadora de cueros, sebo, tasajo y -más tarde- lana, por el puerto de Buenos Aires, nace con los albores del siglo XIX, dando paso hacia fines de la centuria,

al país del “*progreso indefinido*”, agroexportador, receptor del aluvión inmigratorio del sur europeo y de capitales externos (esencialmente británicos), que conforma su dirigencia nacional con la elite de comerciantes exportadores e importadores, grandes terratenientes y agroindustriales, como base del Estado Nacional (Cortés Conde 1979)

La frontera y su mundo de relaciones interétnicas primero, la puja entre Buenos Aires y el resto de la Confederación Argentina, un poco después, permiten construir la Nación. Más allá de las confrontaciones políticas y la diversidad social que coloca en el escenario la figura del gaucho, del criollo y de una elite emparentada por sus negocios con el capital externo de los países centrales, lo cierto es que la ganadería vacuna y ovina se impone en la economía del país junto con una progresiva agricultura extensiva pampeana y monoprodutora en las regiones internas más alejadas del núcleo porteño. La provisión de materias primas rurales va diseñando un país dependiente, con urbanización creciente, agroindustrias (frigoríficos, molinos harineros, ingenios azucareros, bodegas vitivinícolas, obrajes) y dispuesto a consolidar la acción del Estado que lideran “*los notables*”, capaces de promover la identidad nacional y ampliar el control social a través de la educación y el trabajo, como instrumentos genuinos para el ascenso social (Botana 1977)

La Argentina Moderna opta por ese modelo agroexportador sustentado en la producción de cereales y carnes, la expansión del ferrocarril, la gran propiedad concentrada en pocas manos (como símbolo de poder político y prestigio social), con los aportes del capital externo y la inmigración masiva. A partir de la urbanización y la consolidación del régimen de arrendamientos rurales, la agricultura extensiva y la diversificación ganadera de alta mestización dirigida exclusivamente, en los inicios del siglo XX, a la provisión del frigorífico, se construye un espacio jerarquizado, producto de alianzas interoligárquicas (Girbal-Blacha 1986)

La especialización agraria es el signo distintivo del país y cobra fuerza en la rica región pampeana identificada con el movimiento portuario, el ganado mestizado, la modernización de la típica estancia pampeana, el *chilled beef*, los sectores criadores e invernadores de vacunos, los alfalfares, los cereales y el lino (Palacio 2004) Como el reverso de una misma moneda, el NOA -con epicentro en Tucumán- se dedica a modernizar la actividad productiva azucarera; y Cuyo -con base en Mendoza- a la vitivinicultura. Ambas son expresiones económicas monoprodutoras, que sin competir con el agro pampeano procuran sumarse al modelo agroexportador implementado. Es el resultado de los nexos entre comerciantes, ganaderos del litoral y agroindustriales del interior. Las crisis cíclicas serán -a lo largo del siglo XX- el común denominador de estas economías regionales, finalmente atadas a un acotado mercado interno.

Alrededor de la mitad del territorio nacional, es decir, el NEA y la Patagonia, permanecen al margen del “*progreso indefinido*”. En el Gran Chaco Argentino, donde la marginalidad se da sin aislamiento, la posibilidad de sumarse al proyecto de país agrario exportador se manifiesta desde 1895 mediante la explotación quebrachera, depredando este importante recurso natural para producir tanino, leña, postes y durmientes; luego de haber fracasado la experiencia azucarera. En la Patagonia, marginalidad y aislamiento se acompañan. La ocupación ovejera y las grandes estancias con dueños en su mayoría extranjeros, dan consistencia al paisaje regional, cuyos intereses miran hacia Punta Arenas (Chile) hasta 1920 (Girbal-Blacha 1986)

El Centenario de la Revolución de Mayo de 1810, coincide con el fin de la expansión horizontal agraria. El espejo de la historia descubre un país desigual, que concentra las tres cuartas partes de su población, su infraestructura y su producción de base rural en una cuarta parte del territorio nacional: la región pampeana, que circunda a los puertos del litoral. Es la herencia de una dirigencia liberal en lo económico y conservadora en lo político.

Con políticas liberales, conservadoras, radicales, intervencionistas, populares, neoliberales a ultranza, la Argentina ha puesto más esfuerzo en fortalecer el país rural que en buscar alternativas. Es el fenómeno de una Nación donde las clases dirigentes han mostrado dificultades para consolidar la hegemonía, mientras los sectores subalternos no han logrado plasmar alternativas. Las consecuencias esenciales parecen el diseño de un mundo rural heterogéneo y diverso, que debe servir de incentivo a la memoria de los argentinos en tiempos del Bicentenario.

El fin de la expansión horizontal agraria que fija la extensión cultivada en unos 22 millones de hectáreas, coincide con los efectos de la Primera Guerra Mundial, cuando la agricultura argentina debe competir con Estados Unidos y Canadá, supeditando los embarques a la disponibilidad naviera inglesa de quien depende. Azúcares y vinos apenas acceden a los mercados limítrofes. Mientras la ganadería de alta mestización, dependiente del frigorífico ante las denuncias

de aftosa de 1900, debe ajustarse a la demanda y producir carne congelada, envasada y salada en reemplazo del *chilled beef*. Los criadores se benefician e invierten en la compra de campos y animales, para satisfacer la demanda; mientras la conflictividad rural asociada al Grito de Alcorta (Santa Fe) de 1912 se agudiza en casi toda la región cerealera.

El ascenso del radicalismo al gobierno nacional en 1916 preserva el modelo agroexportador. Sólo propone cambios en el plano político y social, auspiciando la vigencia de un Estado árbitro y redistribuyendo el ingreso, pero sobre las mismas bases económicas. Las cargas impositivas afectan a los productos de las agroindustrias del interior del país en favor de un nutrido mercado consumidor litoraleño, que también concentra el mayor porcentaje de electores de clase media y obreros. La posguerra pone en jaque a la ganadería vacuna y entre 1921-1924 se desata una crisis que lleva a la quiebra a muchos ganaderos relacionados con el congelado, frente a la baja en los precios de las tierras y en la cotización de los animales. La demanda se modifica y el enfrentamiento entre criadores e invernadores obliga a la intervención del Presidente Marcelo T. de Alvear, quien por ley fija un precio mínimo para la compra de carne de exportación y uno máximo para el consumo interno (Smith 1983)

En medio de la abundante oferta de ganado la reacción de los frigoríficos no se hace esperar y el Estado debe derogar la ley, pagando altos costos económicos y políticos. Los hombres de la Sociedad Rural vinculados al frigorífico británico enarbolan desde 1926 el lema: *"comprar a quien nos compra"*, para afirmar sus nexos con Gran Bretaña y marcar distancias con los Estados Unidos. El Pacto D'Aberton, de noviembre de 1929, frustrado por la crisis, es una acabada expresión de esa postura. En el NOA azucarero, el conflicto enfrenta a dueños de ingenio y cañeros independientes afectados por el precio que se paga por la caña. Sólo el laudo del Presidente Alvear logra calmar los ánimos cuando arbitra en esta compleja cuestión de manera salomónica. La economía monoprodutora del Noroeste argentino vuelve a ser auxiliada por el gobierno federal y el mercado interno vuelve a ser el destino de sus productos (Schvarzer 1996)

La crisis de identidad, dependencia, distribución, legitimidad y participación ocurrida hacia 1930, repercute en la economía, las finanzas, la política y la sociedad en su conjunto. Se quiebra por primera vez el orden institucional y el Ejército de la mano de los conservadores, se instalan en el gobierno nacional. El intervencionismo estatal en la economía, que padece las consecuencias de precios internacionales agropecuarios en baja, desde mediados de la década de 1920, lleva al gobierno -a través de instituciones específicas- a subsidiar al agro y alentar la industrialización por sustitución de importaciones. Desde 1932 las Juntas Reguladoras de la Producción (de Granos, de Carnes, de Azúcar, de Vinos, de Algodón, de Yerba Mate) así como la creación del control de cambios (1931 reformado en 1933), del Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias y del Banco Central (1935) con capitales mixtos, son cabales expresiones de ese Estado interventor (Girbal-Blacha; Ospital; Zarrilli 2007)

La crisis estructural y orgánica de los años '30, se presenta como una reacción por la falta de respuestas a las necesidades que la sociedad plantea. Se quiebra la identidad entre los sectores dirigentes y el cuerpo social, porque los primeros no encuentran respuestas dentro del sistema y los sectores subalternos no logran concretar alternativas superadoras de la situación. La crisis es compleja y termina generando desde la dirigencia, respuestas adaptativas. La recomposición del país rural vuelve a estar en el centro del escenario argentino (Maddison 1988)

Nuestro país, en medio de la conformación de nuevas corporaciones ganaderas (CARBAP y CAP) refuerza el bilateralismo y firma -en 1933- el Pacto Roca Runciman, impulsado por los poderosos sectores ganaderos dedicados a la mestización vacuna. Se refuerzan los nexos con el mercado británico. Un vínculo que se discute hacia 1940, cuando el Ministro de Hacienda Federico Pinedo presenta ante el Senado de la Nación el Plan de Reactivación Económica para anticiparse a los temidos efectos de la segunda posguerra. Aun entonces se sigue esperando *"la vuelta a la normalidad"*. El Estado nacional propone conciliar industrialización y economía abierta, postulando un giro favorable hacia los Estados Unidos. Pero al mismo tiempo no deja de apelar al gobierno para la compra de los saldos exportables agrícolas no colocados en el exterior. El Estado subsidia -una vez más- al agro, al que Pinedo define como *"la gran rueda de la economía"* (Llach 1984: 515-558)

Es la crisis de los años '30 la que consolida el intervencionismo estatal, refuerza el bilateralismo en el comercio exterior y propone un itinerario político económico bifurcado: el de la regulación agraria y el de la industrialización sustitutiva de importaciones. Son anticipos de la consolidación del mercado interno, la redistribución del ingreso y el dirigismo de Estado propios de los tiempos del peronismo en el gobierno (O'Connell 1984: 479-514) El Estado popular, benefactor,

nacionalista, planificador y dirigista que lidera Juan Perón, es quien plantea la redistribución del ingreso en una Argentina rica de posguerra. Los sectores obreros -acrecentados por las migraciones internas del campo a las ciudades- y la pequeña y mediana burguesía nacional que produce para el mercado interno, usando preferentemente materias primas nacionales, son los beneficiarios de esa política económica puesta al servicio de la doctrinaria "*justicia social*". Azúcares, vinos, algodón, lino, girasol, se consumen en nuestro mercado y alimentan una industria nacional liviana más allá de la sustitución de importaciones. En la planificación quinquenal propuesta a partir de 1947 el agro vuelve a jugar un papel estratégico, tanto en la etapa ascendente del peronismo -hasta 1949- como desde 1950 cuando la coyuntura internacional obliga al gobierno a "*la vuelta al campo*" (Lattuada 1986)

Confrontaciones públicas y acuerdos privados tienen como protagonista al campo argentino, asistido por la banca nacionalizada con crédito conveniente; aunque el oficialismo reserve para sí parte de la renta agraria a través del IAPI (Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio). Un organismo autárquico que desde 1946 monopoliza el comercio exterior argentino. Simultáneamente el Estado peronista posterga -como venía ocurriendo desde 1942- los desalojos de los campos arrendados, reduce el canon de los arriendos y propicia la reforma agraria. Un anuncio preocupante para los terratenientes y motivador para los arrendatarios (Sidicaro 2002; Girbal-Blacha 2003)

Es el propio peronismo quien impulsa el subsidio al agro a través del IAPI (que se endeuda fuertemente con el sistema bancario oficial), propone la tecnificación del campo, generaliza el crédito de habilitación rural para el amplio espectro sociorural pampeano y liberaliza la economía nacional, mientras aumenta la coerción y modifica el discurso, que ahora llama a producir y ahorrar más, consumiendo menos. La "*segunda revolución agrícola*" cobra cuerpo hacia los años '50. Desaparece del mensaje peronista el concepto de latifundio, si la tierra produce, y se sostiene que lo realizado se hizo pensando en el campo, cuya producción aparece como la solución necesaria - más allá de las 2 sequías consecutivas- para superar los desajustes de la planificación económica, que obligara a Juan Perón a poner en vigencia el Plan de Emergencia Económica durante el crítico año de 1952, previo a la ejecución del Segundo Plan Quinquenal (Barky y Gelman 2001: caps. VIII-X)

La caída del peronismo -en setiembre de 1955- refuerza la liberalización y ruralización de la economía argentina. El Plan Prebisch consolida medidas favorables al agro en tiempos posperonistas. El campo es subvencionado para superar una dudosa descapitalización agraria, que denunciara el estanciero y miembro de la Sociedad Rural Argentina José A. Martínez de Hoz en 1960. Poco a poco la eficiencia del campo argentino se asocia al cultivo intensivo, a la mejora en los suelos, a la tecnificación y a una unidad productiva rentable que ya no está directamente relacionada con la gran extensión de tierras. Son los rendimientos los que priman en la ecuación lógica del productor sustentada en: precios, costos y rindes.

Desde los años de 1970 la tierra y el capital dejan de estar en las mismas manos. La propiedad se subdivide y el dueño de la tierra no es -por lo general- el propietario de la tecnología rural. La agricultura a porcentaje -ahora más diversificada- que introduce en el escenario del campo argentino la figura del contratista "*tantero*" (por cosecha o por año) desdobra al sujeto agrario, al separar el propietario de la tierra de aquél que posee el capital y los conocimientos asociados a la tecnología. El aumento de la renta agropecuaria y del precio de la tierra alientan las explotaciones "*intensivas*". Se retrae el tamaño de las unidades productivas para ganar en eficiencia y rendimiento (Balsa 2006: cap. II). Entre 1960 y 1973 el volumen de cereales y oleaginosas, base de nuestras exportaciones, crece a una tasa media de 2,7%. En algunas economías agrícolas del interior -el caso de Tucumán- la situación alcanza perfiles inusuales y se llega a hablar de los males del minifundio y sus efectos.

Durante el decenio 1973-83 se frena el crecimiento económico mundial -cuando se derrumba el orden monetario de Bretton Woods- crecen los precios de los energéticos y la inflación. Se trastocan los precios, los términos del intercambio, los mercados financieros internacionales y la balanza de pagos (Ferrer 2008). El PBI de la Argentina baja, cuando más allá del populismo vigente entre 1973 e inicios de 1976, se cierran fábricas y se abren instituciones bancarias; el volumen exportable se ubica en -21,3 y el poder de compra de esas exportaciones cae en -45,8. El poder económico y el Estado se adecuan a los tiempos e impulsan las exportaciones no tradicionales a nuevos mercados, pero con relativo éxito (Schvarzer 1996)

En la década del 80 la economía agraria argentina debe analizarse a la luz de la crisis económica y la política financiera ortodoxa instrumentada por el Proceso de Reorganización

Nacional, el impacto negativo de la deuda externa, el desborde inflacionario y la crítica situación del Fisco que articula una política monetaria e impositiva restrictiva. En 1981 bajan los precios de los productos primarios, afectando el comercio mundial en dólares, mientras las tasas de interés reales aumentan de -11,8 % en 1977 a 16,7 % en 1982. En 1988, el incremento del 35,3% en los valores de las exportaciones argentinas es producto del alza en los precios internacionales de los granos y el mayor volumen de los agrícolas en general. Los sectores rurales se distienden cuando la ecuación precios, costos y rindes restablece su equilibrio (Maddison 1988)

El trayecto rural de la Argentina de entonces se enlaza estrechamente a las alternativas internacionales, que muestran la pérdida de nuestras ventajas comparativas en la comercialización de materias primas agrarias a nivel mundial y la competencia que ofrecen, aun nuestros compradores tradicionales. En la década siguiente, la siembra directa y el avance de la soja en el agro bifurca el camino del país rural, gran productor de alimentos y con una tendencia a la monoproducción que operará de modo contundente sobre el desplazamiento de varios cultivos regionales en el interior del país, como ocurre con un cultivo textil familiar como el algodón, en el Nordeste Argentino (Rofman 1999; Valenzuela y Scavo 2009)

La inflación ya controlada en los inicios de los años '90, no significa el fin de los problemas para el campo argentino. Las difíciles condiciones internacionales en la comercialización de nuestros productos agropecuarios se sostienen en el tiempo. En 1993 nuestra agricultura es afectada por factores muy complejos. Las economías del interior adoptan el estilo tecnológico pampeano, aun con sus deficiencias. La transnacionalización de la agricultura y la presencia de países desarrollados que se autoabastecen en alimentos y exportan, son algunos de los síntomas que afectarán nuestro desarrollo económico de base agraria. La tendencia a una Europa sin fronteras cuya producción agraria subsidiada, al igual que la estadounidense, responde a intereses de bloque y al objetivo explícito de superar crisis nacionales, se suma a aquellos factores complicando aun más la situación del campo argentino, que sigue siendo sustancial para la economía del país. Cuando en diciembre la Comunidad Económica Europea y los Estados Unidos cierran el acuerdo agrícola del GATT (Tussie 1988) la Argentina rural puede acceder a pautas económicas y fiscales beneficiosas, aunque resignando sus aspiraciones de obtener una mayor liberalización del intercambio.

Dos años más tarde *"el campo vuelve a ser negocio"*, se afirma desde el periodismo rural, más allá de algunos efectos negativos de la sequía y la recesión. La producción, las exportaciones de granos y los precios internacionales en alza, así como el aumento en los rindes, atraen al capital extranjero hacia el sector agropecuario. Un balance del ciclo anual permite calificar al '95 como *"el año de los records"* en cuanto a la producción de granos (45 millones de toneladas), a las exportaciones del complejo oleaginoso (4.200 millones de dólares) y a la producción láctea (9.000 millones de litros) (*Clarín Anuario* 1998). Junto a los mercados tradicionalmente compradores, aparecen otros nuevos (como el asiático). Las reglas de juego fijadas por el Mercosur y las tendencias sugeridas por la Comunidad Económica Europea, muestran los cambios ocurridos (Banco Mundial 1998)

El agro convive con el peso de la deuda externa, los desajustes macroeconómicos y una competencia internacional por la provisión de los mercados que -en ocasiones- tornan difícil la situación de los productores. Como en otras épocas, la consigna es adecuarse a los tiempos y generar condiciones capaces de favorecer su inserción en la economía interna y mundial, asegurando la estabilidad y consolidando la *"reconversión productiva microeconómica"*, diría Felipe Solá, por entonces uno de los responsables gubernamentales del área. En enero de 1996 se habla de *"los desafíos de la agricultura"* y de la necesidad -para países como la Argentina- de encontrar *"el sendero tecnológico adecuado"* en relación con las exigencias alimentarias mundiales. Para nuestro país la buena situación del agro -empañada por las inundaciones- se consolida y coincide con esa armónica relación entre la dirigencia agraria y la conducción oficial, expresada en la Quinta Exposición Agroindustrial y Comercial de Verano llevada a cabo en Mar del Plata, así como en las reuniones entre chacareros y técnicos destinadas a implementar nuevos paquetes agronómicos. Para la Secretaría de Agricultura, *"el campo será la piedra angular del crecimiento"* (*Clarín Anuario* 1998)

En agosto de ese mismo año, mientras la Federación Agraria Argentina denuncia que *"faltan políticas integrales"*, CONINAGRO -corporación rural de segundo grado nacida en 1956- recuerda el desafío de *"acordar una política agropecuaria"* capaz de fortalecer la empresa familiar y expandir las estructuras de integración de los productores. Están convencidos que hay espacio para implementar políticas sectoriales, sin colisionar con la estabilidad económica y el funcionamiento

de la economía de mercado que auspicia el gobierno nacional, para beneplácito de amplios sectores productivos. Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), por su parte, cree que la disminución de los *stocks*, el incremento de la demanda con la incorporación de los países asiáticos, los factores climáticos y el cumplimiento de las pautas establecidas por la Organización Mundial de Comercio (OMC), respecto del cronograma de disminución en la aplicación de subsidios agrícolas, son factores alentadores para el futuro inmediato de la Argentina agrícola, aunque la situación no se reitere para la ganadería de cría y la lana, que pasan por una crisis de rentabilidad. CRA propone al gobierno reducir el gasto público y la presión tributaria sobre el sector, alentando una adecuada prestación de servicios, un proceso dinámico de integración de la producción primaria con la agroindustria y la alimentación.

Más allá de los matices de opinión, el discurso de los productores rurales de los '90 expresa signos de consenso con la política oficial, porque los beneficia; dando un categórico respaldo a sus promotores, en el marco de la cosecha récord de la campaña 1996-1997, que le permite al poderoso George Soros, por ejemplo, obtener en su campo de 3.000 hectáreas situado en Runciman (Santa Fe) un 40% más de trigo que el año anterior y muy buenos rindes en maíz y soja. En este nuevo trayecto de la historia del campo argentino, los nombres de tradicionales familias ruralistas parecen eclipsarse frente a los grandes inversores externos, que se adueñan de amplias extensiones de tierras en nuestro país.

Más allá de los sectores agrarios la Argentina debe afrontar algunos desajustes en su economía. El rojo comercial va en aumento y el déficit que en 1994 era de 5.751 millones de dólares, entre abril de 1997 y marzo de 1998 alcanza el récord de 6.133 millones de dólares. Las importaciones aumentan a un ritmo del 25 % anual y las exportaciones se estancan. Nuevamente las esperanzas se cifran en el agro y se espera una mejoría de la situación económica con el incremento de la exportación de la cosecha gruesa de maíz, soja, girasol y sorgo; pero las inundaciones y la baja en el precio de los *comodities*, dificultan esta recuperación. El esplendor del mundo agrario se opaca (Barsky y Gelman 2001: cap. XI). Pero el campo argentino y sus actores sociales dan muestras, una vez más, de su importancia estratégica en la economía nacional y replantean su estilo operativo para adecuarse a las exigencias del Plan de Convertibilidad, la apertura económica, los procesos de desregulación y la pérdida de ingerencia del Estado en la economía. La supresión de las retenciones a las exportaciones agropecuarias, el descenso en los costos de las maquinarias e insumos importados, ata la rentabilidad de las unidades rurales a las variaciones de los precios del mercado internacional de cereales y oleaginosas. Frente a la estabilidad y las buenas cotizaciones de los productos en el mercado externo se generan otras formas de inversión agraria como los *pools* de siembra, que concentran capitales para el arriendo de campos y producción a mayor escala. El agro se prepara para el cambio.

La tradicional tendencia a la concentración productiva en la región pampeana se hace más notoria con la expansión de la agricultura y de la lechería y -en menor medida- de la ganadería para producir carne. El buen nivel de rentabilidad y los saldos exportables crecientes, son consignas básicas para capitalizar favorablemente el cambio rural, sostener la *"inalterable alianza entre el Estado y el campo argentino"* (Carlos Menem, 14/8/1993) y poder superar con éxito la recesión que afecta a la Nación. En este escenario el Banco Mundial denuncia una fuerte concentración de la riqueza en la Argentina; cuando el 20 % más rico de los argentinos obtenía el 51 % de la riqueza anual del país y el 10 % más pobre que en 1975 tenía el 3,1 % de los ingresos, dos decenios y medio más tarde, registra tan solo el 1,6 %. El sector agrario -más allá de la concentración y la brecha social- se apresta a mejorar los rindes y la rentabilidad. El INTA estima entonces en más de 600 millones de dólares las pérdidas agropecuarias en la región del litoral, con un grave impacto sobre pequeños productores y trabajadores rurales, pero el auxilio oficial no se hace esperar y nuevamente el agro es protagonista del quehacer económico y político de la Nación Argentina (Girbal-Blacha 2002: 9-28)

El país agrícola se ajusta a las exigencias coyunturales pero no rompe los lazos con sus orígenes. De ellos conserva vigente la tradicional importancia del agro en la pampa húmeda, ahora asociado al avance tecnológico, sujeto a mayores niveles de eficiencia y dependiendo del cultivo de soja. También expresa su continuidad en la permanencia de corporaciones agrarias constituidas en el siglo XIX o en los albores del XX, que suman su acción al de otras más nuevas, formadas como expresión de la adecuación del sector rural a las condiciones de modernización y globalización. Las unidades productivas mejoran su nivel de eficiencia, acotando superficies y acrecentando rindes y tecnología rural. Se asiste a una diversificación del mundo agrario, que ya no puede ser visto como

un conglomerado homogéneo ni en su cúpula ni en sus bases, más allá de circunstanciales acuerdos (Trigo et al 2002)

Nuestro país se ve obligado a ser creativo y aumentar la eficiencia del sector, mientras brega por reducir el proteccionismo internacional ante la competencia por la provisión de los mercados (Regunaga; Fernández; Opacak 2003). Se vuelve a requerir el apoyo oficial; pero los tiempos han cambiado aun para los omnipresentes sectores rurales.

3. UN BALANCE FRENTE AL BICENTENARIO

Las grandes corporaciones como la Sociedad Rural Argentina, creada en 1866, saben de la importancia de sus orígenes y hacen uso del pasado a la hora de justificar sus raíces y sus reclamos ante el Estado, aunque ya no tengan el poder que históricamente tenían. La importancia de los inversores extranjeros en nuestro medio rural ha dejado sus huellas. De todos modos, en julio del 2006, las corporaciones del agro dieron muestras acabadas de la importancia de sus nexos con los hechos fundacionales de la Nación. Ocurrió cuando *"el gobierno dejó sin funcionarios la inauguración de La Rural"*, es decir, la Exposición que anualmente se reúne en Palermo y que viviría -entonces- una situación inédita en 120 años de la muestra (*Clarín* 2006: 3). El Estado Nacional, sin reprobar, dejaba expuesta su resistencia a los reclamos de este poderoso sector del campo explicitando la tensión existente. Aunque el titular de la entidad fiel al estilo corporativo, evitaba confrontar apelando casi al final de sus palabras inaugurales al diálogo, el discurso que leyó (de los dos que había llevado preparados) se iniciaba con largos párrafos leídos en 1875 -en la primera Exposición Rural- por un funcionario del por entonces Presidente de la Nación, Nicolás Avellaneda. Así, dejaba al descubierto no sólo la ausencia oficial, sino una situación inocultable: que en la Argentina, históricamente, el agro no puede ser omitido por el poder político (*Clarín* 2006: 3). Los números del campo indicaban entonces que el 54,05 % de la superficie plantada y la mayor inversión por hectárea correspondían a la soja, seguida de lejos por el trigo (15,93 %) y el maíz (14,08 %) (*Clarín* 2006: 7)

En febrero de 2007 se amplían los subsidios al sector, mediante la refinanciación de los pasivos de unos 4.500 productores rurales y los ajustes en los precios de las carnes. Era una respuesta contundente desde el gobierno a los pedidos del agro (*Infobae.com* 2009) Los productores insistirán en los precios diferenciados, para distinguir entre la exportación y quienes surten al mercado local. Las compensaciones estatales al sector se postulan como una salida oportuna y así se ejecutan, más allá de los desaires y el discurso oficial (*Clarín* 2007: 24; 3-4)

El pretérito y el presente del agro argentino, muestran las permanencias que el discurso, los gestos, las acciones y aun las imágenes registran, como parte de una misma ecuación en el concierto nacional; aquélla que vincula el agro y la política. El campo aparece imbricado ahora en la sociedad del conocimiento. Un ejemplo lo da el ingeniero agrónomo y *"rey de la soja"* de Carlos Casares, Gustavo Grobocopatel, quien trabaja unas 110.000 hectáreas en Argentina, Uruguay y Paraguay, que fuera distinguido por Harvard como *"uno de los casos de negocios del año"* (*Clarín* 2007: 19) ¿El motivo? Sus vínculos con la tecnología de alto nivel, aunque él se considere a si mismo como *"un sin tierra"* (*Clarín*. Suplemento especial 2007)

Hacia finales del 2007 el gobierno mantiene vigentes las retenciones a las exportaciones y establece nuevas alícuotas: 35 % para la soja, 28 % para el trigo y 25 % para el maíz (*Clarín* 2007: 2). Agronegocios, bicomcombustibles, engorde de ganado a granos, el cultivo de soja sobre rastrojo de maíz, mejora del trigo y el maíz en el Norte del territorio, así como los cultivos asociados, son los nuevos desafíos incluidos en la agenda pública del oficialismo (Brieva 2007) La Argentina rural parece dejar atrás la agricultura familiar, para apostar a los agronegocios (Gras; Hernández 2009), aunque las dudas persistan para algún tipo de explotaciones y luego del revés generado por la negativa china a comprar el aceite de soja nacional.

Hoy la soja pone en discusión los beneficios y perjuicios de un cultivo que concentrado en pocas manos, separa a los dueños del suelo, de los productores y exportadores, de espaldas a las repercusiones ambientales y ecológicas. Al mismo tiempo, la ganadería argentina sufre el impacto de los cambios en la demanda externa y en la dieta de argentinos y extranjeros; cuando las inundaciones han obligado a reorientar la producción agraria; y cuando los bajos precios pagados

por la producción lechera atrofia el sector. A pesar de estos altibajos el campo sigue siendo una opción imprescindible para la economía nacional (*Clarín. Revista rural* 2008). Más allá de la devastación -desde los noventa- derivada de un fuerte proceso de desindustrialización, con efecto directo en los pequeños y medianos agricultores, finalmente éstos son excluidos de algunos beneficios que planteara el proyecto corregido presentado por el Poder Ejecutivo ante el Congreso Nacional en 2008, y que culminara en desaprobación de la resolución 125. Una normativa que pretendiendo imponer mayores retenciones a las exportaciones agrarias, tardíamente desdobló las cargas conforme al rango del productor. *“La gran apuesta del año 2009”* (*Clarín. Revista rural* 2009) sería la soja.

La continuidad entre el ayer y el hoy de esta Argentina históricamente rural se vislumbra con hacer un repaso somero -como el aquí realizado- de los hitos fundamentales que jalonan el itinerario agropecuario del pasado nacional. La memoria debe nutrirse de ellos para dar consistencia a este *“modelo para armar”* que es el campo argentino. Un escenario donde algunas fortunas personales se salvaguardan, se acrecientan, y no pocas economías regionales permanecen en la marginalidad. La dirigencia nacional se enlaza con el quehacer rural, se sostiene en sus ganancias, pero -al mismo tiempo- impulsa desde el Estado una política de subsidios. Mientras tanto, los grandes productores no siempre reinvierten sus ganancias en las regiones de las que extraen los beneficios.

Este pasado tal vez permita comprender por qué un país que figura en los primeros rangos como productor internacional de alimentos, tiene a un 35 % de su población en el límite de la línea de pobreza y a un alto porcentaje de sus niños con serios problemas de desnutrición. En una Argentina donde la educación y el trabajo ya no son instrumentos para el ascenso social, podría decirse que es la adecuación a los tiempos, el perfil más nítido del sector agrario, ponderado como un componente dinámico de nuestra economía, que se resiste a exportar productos con mayor valor agregado. La reconstrucción del país rural es necesaria para encontrar nuevos rumbos, preservar valiosas continuidades y corregir errores fundamentales que permitan promover y ejecutar auténticas políticas de Estado; políticas que como señalara Arturo Jauretche hace más de medio siglo atrás, permitan *“profesar una ortodoxia para con los mandatos de la realidad, que suelen contrastar con las ortodoxias doctrinarias”* (Girbal-Blacha 1993)

El poder de la transición no es ajeno al capitalismo y mucho menos a la historia argentina. Coexisten en nuestros tiempos, continuidades y cambios, donde los factores socioeconómicos forman parte de una herencia capaz de afectar las relaciones entre el Estado y la sociedad, que en tiempos del Bicentenario debe ser ponderada (Arendt 2002: 222-232)

El desafío actual es entender la cuestión rural en perspectiva, cuando se piensa en la *“bio”* Argentina asociada a los combustibles, para poder caracterizar la complejidad del mundo agrario, su heterogeneidad asentada hoy en el quehacer científico-tecnológico como parte de sus negocios; pero también debe rescatar sus continuidades, su coherencia para con las alianzas entre el agro -que hoy profesionaliza la gestión- y los gobiernos de turno (*Clarín. Revista rural* 2009-2010). Se habla con insistencia de *“la agricultura por la conservación”* para garantizar un modelo sustentable, en lo económico, en lo social y en lo ambiental (*Clarín* 2007. Sección rural: 9-11 y 20)

En tiempos bicentenarios la Argentina agraria goza de buena salud. Se asienta sobre otras bases y registra una gran concentración de la renta; frente a una reducción del trabajo en el campo, un avance tecnológico significativo pero también con un empobrecimiento del sector que recae sobre las diezmas ganancias de los pequeños productores, que dieran vida en los albores del siglo XX -aunque con actores diferentes- a la *“revolución en las pampas”* (Scobie 1968). El sector agropecuario tiene por lo menos 3 asignaturas pendientes: el acuerdo entre lo público y lo privado, las políticas de largo plazo y la institucionalización del mercado (*Clarín* 2007. Sección rural: 24) Corregir estos desajustes y poner en valor las exportaciones, forman parte del desafío de las políticas públicas pero también de los sectores rurales más poderosos, más allá del 2010. Ese reto no puede emprenderse de espaldas a la historia y a sus testimonios plurales y fundacionales cuando la pervivencia del país rural reclama ajustes, revalorización del trabajo y equidad social (Neiman 2010)

OBRAS CITADAS

Arendt, Hannah. "La brecha entre pasado y futuro: el *nunc stans*" en *La vida del espíritu*. Buenos Aires: Paidós, 2002.

Balsa, Javier. *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense 1937-1988*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

Banco Mundial. *Anuario 1997*. Washington D. C.: B. M., 1998.

Barsky, Osvaldo y Gelman, Jorge. *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo/Mondadori, 2001.

Botana, Natalio. *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1977.

Brieva, Susana. *Dinámica sociotécnica de la producción agrícola en países periféricos: configuración y reconfiguración tecnológica en la producción de semillas de trigo y soja en Argentina, desde 1970 a la actualidad*. Buenos Aires: FLACSO, 2007.

Clarín Anuario 1997/98. Buenos Aires, 1998.

Clarín, Buenos Aires, domingo 30 de julio de 2006: 3; martes 7 de marzo de 2006: 17; sábado 10 de marzo de 2007: 24; sábado 17 de marzo de 2007, sección rural. (Suplemento especial); sábado 31 de marzo de 2007: 3-4; viernes 6 de abril de 2007: 19; sábado 7 de julio de 2007, sección rural: 9-11 y 20-24; sábado 10 de noviembre de 2007, sección rural: 2.

Clarín. Revista rural, Buenos Aires, junio-julio 2008, núm. 4; agosto-setiembre 2009; diciembre 2009-enero 2010, núm. 13.

Cortés Conde, Roberto. *El progreso argentino, 1880-1914*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1979.

Chartier, Roger. "Les représentations du passé. Entretien" en *L'histoire aujourd'hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d'historien*. Paris: Editions Sciences Humaines, 1999.

Ferrer, Aldo (con la colaboración de Rougier, Marcelo). *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*. Buenos Aires: FCE, 2008, tercera a sexta parte.

Girbal-Blacha, Noemí. *Progreso, crisis y marginalidad en la Argentina moderna: ensayo de interpretación histórica*. Buenos Aires: Distribuidora Galerna, 1986.

Historia del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Gestión del Doctor Arturo Jauretche (1946-1950). Buenos Aires: Banco de la Provincia de Buenos Aires, 1993.

"Las crisis en la Argentina. Juicio a la memoria y la identidad nacional. Reflexiones desde la perspectiva histórica" en *Theomai*, número especial, invierno de 2002. Buenos Aires: UNQ, 2002.

Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista (1946-1955). Una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

Girbal-Blacha, Noemí; Ospital, María Silvia y Zarrilli, Adrián G. *Las miradas diversas del pasado. Las economías agrarias del interior ante la crisis de 1930*. Buenos Aires: Edición Nacional Editora e Impresora, 2007.

Gras, Carla y Hernández, Valeria (coordinadoras). *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*. Buenos Aires: Editorial, Biblos, 2009.

Hobsbawm, Eric J. "The social function of the past: some questions" en *Past and Present* 55, 1972.

Infobae.com, Buenos Aires, viernes 9 de febrero de 2007.

Lattuada, Mario J. *La política agraria peronista (1943-1983)*. Buenos Aires: CEAL, 1986.

Llach, Juan José. "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo" en *Desarrollo Económico* 92, vol. 23, enero-marzo de 1984.

- Maddison, Angus. *Dos crisis: América y Asia 1929-1938 y 1973-1983*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Mc Gann, Thomas. *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*. Buenos Aires: Eudeba, 1960.
- Neiman, Guillermo (Director). *Estudio sobre la demanda de trabajo en el agro argentino*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus, 2010.
- O´Connell, Arturo. "La Argentina en la Depresión: los problemas de una economía abierta" en *Desarrollo Económico* 92, vol. 23, enero-marzo 1984.
- Palacio, Juan Manuel. *La paz del trigo. Cultura legal y sociedad local en el desarrollo agropecuario pampeano (1880-1945)*. Buenos Aires: Edhasa, 2004.
- Regunaga, Marcelo; Fernández, Sandra y Opacak, Germán. *El impacto de los cultivos genéticamente modificados en la agricultura argentina*. Buenos Aires: Foro Argentino de Biotecnología, 2003.
- Ricoeur, Paul. *La mémoire, l´histoire, l´oubli*. París: Seuil, 2000.
- Rofman, Alejandro. *Las economías regionales a fines del siglo XX. Los circuitos del petróleo, del carbón y del azúcar*. Buenos Aires: Ariel, 1999.
- Scobie, James R. *La revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*. Buenos Aires: Solar/Hachette, 1968.
- Schvarzer, Jorge. *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*. Buenos Aires: Planeta, 1996.
- Sidicaro, Ricardo. *Los tres peronismos. Estado y poder económico, 1946/55- 1973/76- 1989/99*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Smith, Peter. *Carne y política en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, 1983, primera reimpresión.
- Trigo, Eduardo; Chudnovsky, Daniel; Cap, Eugenio y López, Andrés: *Los transgénicos en la agricultura argentina. Una historia con final abierto*. Buenos Aires: Libros del Zorzal-IIICA, 2002.
- Tussie, Diana. *Los países menos desarrollados y el sistema de comercio mundial. Un desafío al GATT*. México: FCE, 1988.
- Valenzuela, Cristina y Scavo, Angel. *La trama territorial del algodón en el Chaco. Un enfoque multiestelar de espacios en transición*. Buenos Aires: La Colmena, 2009.
- Vovelle, Michel. "Histoire et representations" en *L´histoire aujourd´hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d´historien*. Paris: Editions Sciences Humaines, 1999.
- Wagner, W. y Elejabarrieta, F. "Representaciones sociales" en Morales, Francisco J. et al, coords, *Psicología social*. Madrid: Graw-Hill, 1996.